

Eric Hobsbawm. Un tiempo de rupturas

Enrique Semo
01/oct/2013

Después de una larga vida en que Eric Hobsbawm escribió sobre casi todos los grandes problemas de la humanidad, quiso dejarnos un libro póstumo que se publicó algunos meses después de su muerte, casi simultáneamente en inglés y en español. El libro en cuestión se llama *Un tiempo de rupturas. Sociedad y cultura en el siglo XX*. Se trata de una obra en la cual el tema básico de su vida, vuelve a aparecer: la sociedad como un todo, pero esta vez vista desde la cultura y más específicamente, el arte. Si en sus libros de historia, la cultura era tratada como una parte del todo social, *en Un tiempo de rupturas*, aparece como un catalejo a través del cual se explora la totalidad social.

En el primer párrafo de la Introducción plantea las tesis fundamentales que darán unidad a los ensayos, muy diversos. Ese párrafo aparece al primer contacto, como una provocación que aviva el interés por lo que viene.

“Este libro –escribe Hobsbawm- trata sobre lo que ha sucedido con el arte y la cultura de la sociedad burguesa una vez que esta se desvaneció, con la generación posterior a 1914, para no regresar jamás. Versa sobre un aspecto del terremoto global que la humanidad viene experimentando desde que la Edad Media terminó repentinamente, para el 80 por 100 del globo terráqueo, en la década de 1950, y hacia los años sesenta, cuando los gobiernos y las convenciones que habían regido las relaciones humanas – seguimos citando a Hobsbawm- se desgastaban a ojos vistas en todas

partes. Este libro, por lo tanto, trata también sobre una era de la historia que ha perdido el norte y que, en los primeros años del nuevo milenio, mira hacia delante sin guía ni mapa, hacia un futuro irreconocible, con más perplejidad e inquietud de lo que yo recuerdo en mi larga vida.” (Eric Hobsbawm, *Un tiempo de Rupturas*, p. 9)

Tres tesis en desacuerdo con doctrinas pasadas explotan en las manos del lector antes de iniciar la lectura del último libro de Hobsbawm. ¿Serán un estratagema, un truco publicitario para producir un shock, una ruptura con los sentidos anteriores de las palabras *capitalismo*, *Edad Media*, y la creación de un nuevo concepto: una *Era sin norte, un nuevo milenio que mira hacia adelante sin guía ni mapa, hacia un futuro irreconocible*, para producir, como dice el título, una ruptura en el pensamiento del lector de los otros libros de Hobsbawm, que le permita aceptar una concepción modificada del mundo a la cual indudablemente ha llegado Eric en los últimos días de su larga vida? Una nueva interpretación para adaptar una corriente señera a una realidad que parece escapársele y que este hombre de 95 años de edad nos regala antes de retirarse dignamente. El historiador, es decir, el especialista en el pasado, se despide de sus lectores que seguramente esperaban un adendum a sus memorias, con algo que podría llamarse un manifiesto sobre un futuro incierto.

La primera tesis afirma que “la Edad Media terminó en la década de los 50’s.” ¿Qué querrá decir? Después, viene una aclaración que será ampliada en los artículos que siguen “cuando en la década de los sesenta, los gobiernos y las convenciones que habían regido las relaciones humanas se desgastaban a ojos vistas en todas partes”. Sin duda quienes hayan seguido en la televisión la serie

Downton Abbey, en la cual la vida se desarrolla alrededor de la aristocrática familia del conde Grantham, su madre, su esposa, sus tres hijas, en su espléndido castillo, así como sus numerosos criados a principios del siglo XX. Específicamente antes y durante la primera guerra mundial, constata que la Edad Media, en la aristocracia inglesa y en la servidumbre de sus palacios, no solo no está muerta sino que vive en la tradición, enraizada en las mentes y los corazones, en los valores y en la conducta de los de arriba y los de abajo, de los señores y los criados. Un feudalismo apenas mecido por vientos capitalistas. La base económica de la familia es un antiguo mayorazgo sobre una gran extensión de tierra que aporta el duque, y la fortuna de una heredera norteamericana. La Condesa madre reprende a su nieta entusiasmada por el recién ganado derecho al voto de la mujer: -¡Las mujeres antes de casarse no deben interesarse por la política y después de casadas tendrán las ideas políticas de su esposo! Y una de sus hermanas no entiende qué significa que su chofer esté enamorado de ella, y qué relación tiene eso con la vida real. ¿Se imagina el chofer que podrá codearse con la alta sociedad que frecuenta su familia, o bien, se imagina que ella descienda a su medio proletario? La Edad Media no son solo siervos y señores feudales, son tradiciones, costumbres, estilos y relaciones humanas, y es cierto que solo murieron con los cambios acaecidos durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Y hablando de México, acaso no se necesitaron varias crisis económicas y una que otra revolución, para que la casa chica pasara a la historia; todavía hoy el campesino indio no piensa ni viste como el ciudadano de la gran urbe, y en 2013, el Estado trata a los maestros como si fueran peones iletrados y no el sujeto principal de su sistema educativo.

La segunda idea, a primera vista indefendible, es que -como escribe Hobsbawm- el arte y la cultura de la sociedad burguesa se desvaneció con la generación posterior a 1914, para no regresar jamás. ¿Pero no vivimos acaso en el capitalismo, un capitalismo salvaje? ¿Cómo es posible admitir que la sociedad y la civilización capitalista haya terminado a principios del siglo XIX. Pero más adelante Hobsbawm lanza audazmente la respuesta esclarecedora:

“El argumento básico de las conferencias reunidas en este libro es que la lógica tanto del desarrollo capitalista como de la civilización burguesa en sí estaba destinada a destruir sus cimientos: una sociedad y unas instituciones gobernadas por una élite minoritaria y progresista.”

El capitalismo del siglo XIX ha destruido sus cimientos, la civilización burguesa que parecía haber asegurado el progreso sin fin, ya no está. Lo que Marx llamó la destrucción creativa ha destruido las bases del capitalismo tradicional sin que se haya producido una alternativa. El capitalismo de hoy es un capitalismo que apunta a la barbarie, porque la resquebrajadura de las bases del capitalismo pujante del siglo XIX, no ha producido a su sepulturero.

[El capitalismo] no pudo resistir el triple golpe –escribe Hobsbawm- combinado de la revolución científica y tecnológica del siglo XX –que transformó las viejas formas de ganarse la vida, antes de destruirlas-, de la sociedad de consumo de masas generada por la explosión en el potencial de las economías occidentales y, por último, el decisivo ingreso de las masas en la escena política, como clientes y como votantes. El siglo XX –o, para ser más exactos, su segunda mitad- fue el del hombre occidental común y corriente; en menor medida, también el de la mujer. El siglo XXI ha globalizado el fenómeno.” (Eric Hobsbawm, Un tiempo de rupturas, p. 12)

Dice Hobsbawm que el capitalismo tradicional ha muerto, y es cierto. ¿Acaso es el mismo, el capitalismo industrial del siglo XIX y el capitalismo financiero del siglo XXI? ¿El dominio del capital productivo es análogo al imperio despótico del capital financiero, mundializado, de nuestra era? Y lo mismo vale para la cultura. ¿La alta cultura que se elaboraba para una pequeñísima minoría de universitarios, artistas, megalómanos, de fines del siglo XIX, puede compararse al arte de masas que ha surgido en la segunda mitad del siglo XX con la radio, el cine, la televisión, los eventos masivos, los aparatos de transmisión digitales, que llegan a cientos de millones de personas hoy día, no solamente en el mundo Occidental sino hasta los últimos rincones de los cinco continentes? ¿Es lo mismo la música ambiental que nos persigue en las grandes tiendas departamentales que un concierto de la filarmónica de Berlín, con un programa de Beethoven, Stravinsky y Prokófiev, en una sala de conciertos con dos mil asientos? El grupo pop ultramillonario tiene mucho más público que los mejores tenores de ópera, que se ven obligados a participar en conciertos masivos de música popular para subsistir.

Recordemos la familia Buddenbrook, cuya historia nos relata Thomas Mann en una obra de 1901, que es un espléndido cuadro de la vida burguesa en Alemania en el siglo XIX. La vida del gran comerciante de Hamburgo y su familia, cubre un arco marcado por los grandes sucesos políticos y militares que transformaron profundamente a Alemania. La revolución de 1848, el establecimiento del Imperio Alemán, se asoman en el trasfondo sin influir directamente en la vida de los personajes y nos refieren al surgimiento y ascenso de la civilización burguesa.

Las causas de la quiebra de la empresa familiar de los Buddenbrook son transparentes, no representan una catástrofe universal. Es la decadencia de una familia, de Thomas Buddenbrook y su hijo Hanno, la tragedia de su hija Anthony, cuya vida fue modelada por las exigencias de la empresa, se definió en función de ella y se hundió con ella. Todos los sucesos, nacimientos, casamientos y muertes, se ven a través del destino de la empresa que se transforma en una especie de fetiche. Faulkner dice que “es la novela más grande del siglo y guardaba religiosamente su ejemplar firmado por el autor en su casa.” Pero la obra de Mann no tiene mucho que ver con la civilización burguesa del siglo XXI. Vista desde la actualidad es una novela histórica. La literatura, el cine que recoge los aspectos humanos de la crisis de 2008, nos pintan una realidad totalmente diferente. En *Tiempos de crisis*, *Margin Call* en inglés, que incluye artistas del tamaño de Jeremy Irons, Kevin Spacey y Demi Moore. Todo el personal de un gigante de las finanzas, desde su ejecutivo más alto, que tiene un salario de varias decenas de millones al año, hasta los operadores que son pagados en comisiones sobre sus ventas, son empleados, no propietarios. En toda la película los accionistas no aparecen; no sabemos quién es aquí el capitalista. La quiebra se inicia dos semanas antes de que los ejecutivos se den cuenta y solo un complicadísimo modelo matemático la revela. Sin informar a nadie de la quiebra, se decide vender en una mañana las acciones de la firma que en realidad no valen nada, son acciones chatarra. El hundimiento de la empresa produce la ruina de las vidas de los ejecutivos. Los de más edad han dedicado sus vidas a crear una riqueza multiforme, que desaparece en algunas horas. Y se preguntan ¿Qué dejaré como señal tangible, visible, de mi existencia? La riqueza del banco de inversiones era

en gran medida ficticia y de ella no queda ningún vestigio. Ninguna relación con la quiebra de la empresa familiar de los Buddenbrook.

Eric Hobsbawm nos quiere llamar la atención sobre los inmensos cambios sucedidos dentro del mismo sistema. Sobre el tiempo diferente de cada uno de esos cambios. Sobre lo insondable del futuro del capitalismo actual que ha destruido sus propias bases y como decíamos al principio, no cuenta con un enterrador idóneo.

Lo mismo sucede con la cultura, cuya relación con la economía y la sociedad es por demás compleja, dice Hobsbawm. En la cultura de masas contemporánea, ¿Qué intereses de clase dominan la música pop, que en inglés es una contracción de *popular music*, compuesta básicamente para ser comercializada? Música mestiza por excelencia en la cual es difícil encontrar las fronteras que separan el jazz del rock and roll, el blues del doo wop, el country del folk y sus orígenes nacionales.

La distinción entre la obra maestra y el best seller de escritores que producen ambas cosas y cuyo éxito de taquilla está totalmente a favor del best seller, no siempre es fácil de discernir para el gran público. La novela que fue fruto de una larga hibernación ¿Puede ser tan accesible al gran público como los best sellers escritos por contrato año tras año?

Un tiempo de rupturas. Sociedad y cultura en el siglo XX contiene una variedad de artículos que están en parte ligados a la experiencia vital de Eric Hobsbawm. Así sucede con *Los judíos y Alemania*, e *Ilustración y logros: la*

emancipación del talento judío desde 1800. Los dos artículos versan sobre el breve esplendor de la cultura alemana, con alta participación del talento judío de la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Esa época, que terminó con el triunfo nazi, fue el fundamento de la adolescencia y juventud de Hobsbawm, hijo de una familia secular judía, inmersa en el idioma y la cultura alemana. Cada suceso de ese asombroso periodo, marca indeleblemente a nuestro autor.

Los judíos, una minoría insignificante de la población europea de aquel periodo, quizás el 2% del total, vivía en un *ghetto* impuesto y voluntario a la vez. La discriminación forzada por el mundo cristiano que ponía a prueba su existencia y su identidad cotidianamente; los *progrom* periódicos de la Rusia zarista y Polonia, trazaban un círculo de fuego a los judíos impedidos de participar en la gran revolución cultural que fue la Ilustración y la revolución francesa. Su mundo era el del estudio de la ley y la especulación alrededor de la Cábala, los negocios pequeños y grandes. El escenario de las discusiones, era el *shuljan aruj* (la mesa puesta para los rabinos para la discusión mística). Emancipados los judíos, la abandonan, para entrar con apasionamiento en la ciencia y la cultura centroeuropea, en porcentajes mucho mayores a su participación en la población total. Ciudades como Viena, en las cuales el porcentaje de judíos es de 10% pero la clase media es predominantemente judía, cuentan con una vida cultural de una creatividad avasalladora en la cual participan Sigmund Freud, Karl Kraus, Franz Kafka, Martin Buber y Franz Werfel.

Las fuerzas y debilidades, las posibilidades desaprovechadas y el trágico final en los hornos crematorios de gran parte de esa cultura, influyen

profundamente en el joven Eric Hobsbawm, que emigra a Inglaterra para sumarse a una generación brillante de historiadores marxistas y vivir apasionadamente los cambios tempestuosos de su época y dejar profuso registro de ellos.